

Soy la Esposa del Predicador

Soy la mujer que se queda en la penumbra, mientras mi marido se alza en la luz.

Soy la mujer que sabe que su esposo es un regalo de Dios, por lo cual se lo regreso a mi Señor a través de su servicio completo. A veces estoy tan sola cuando lo comparto con los demás. Pero también me satisface que él se entregue tan generosamente.

Soy la mujer que anima al predicador cuando otros lo dejan de hacer. Soy la que escucha sus sueños para la Iglesia, y le ayuda a mirar hacia el futuro, y ver sus sueños realizados. Y cuando otros se preguntan si a él en realidad le importa, yo soy la que le veo postrado de rodillas, derramando lágrimas por el futuro de la Iglesia.

Soy la mujer que vio a éste hombre abandonado una carrera que le traería muchos beneficios materiales. Yo la que le ve salir lleno de fe, dispuesto a cumplir con su servicio total para el Señor. Cuando las cosas salen mal y él se pregunta si vale la pena seguir, yo soy la que lo anima y le asegura que los beneficios espirituales pesan mucho más que las cosas materiales.

Soy la mujer que ama a su hija, como lo hiciera cualquier otra madre. Pero me detengo a observar cómo se le juzga a mi hija; y me preguntó ¿Porque será que todos quieren que sea perfecta en todo? Mundo, por favor sé benevolente con ella, que es sólo una niña como cualquier otra.

Soy la mujer que escucha con frecuencia expresiones halagüeñas. A veces se me trata con bondad cariñosa. La bondad hace que todo valga la pena, y me impulsa a seguir cuando quisiera abandonar la lucha.

Soy la mujer que en ocasiones escucha comentarios nada amables. Mis sentimientos son frágiles como los de cualquier otra dama. Pero soy la mujer que debe aprender a sonreír cuando le lanzan vituperios. Debo levantar mi dignidad hecha pedazos y perdonar, aun cuando a mí no se me pida perdón.

Soy la mujer de quien se espera perfección en todas sus acciones. Pero debo ser paciente, mientras el mundo no se percate que soy una mujer como cualquier otra. Yo también cometo errores, y al cometerlos debo aprender de ellos. Jesús murió por mí también y he sido perdonada, tanto como tú. Por lo tanto, te ruego que seas paciente conmigo, ya que a menudo también tropiezo. Pero estoy creciendo como tú.

Soy la mujer que escucha cientos de sugerencias para varias obras y programas. Y se espera que yo eche a andar cada uno de ellos. Pero mis días como los tuyos, sólo tienen 24 horas. Yo también soy mujer como cualquier otra, teniendo un hogar y una familia que atender.

¡Oye mundo, tengo mis altibajos tanto como tú! Y hay ocasiones que yo también quisiera abandonar la lucha. Necesito tu ternura y tus palabras de aliento para seguir luchando. Entregándome por completo a mí esposo, a mi hija, a mi hogar, y a mi Señor. Soy la mujer que está satisfecha con permanecer en la penumbra. *Soy la Esposa del Predicador...*

Por Diane Pellin

La Voz Eterna, Septiembre de 1985